

XVII

IMPRECACIÓN DEL MANIQUÍ

Yo, venus mecánica, maniquí humano, transformista de hotel, tengo también mi traje favorito, mi elegancia de muchacha que sabe vestir para la calle, para el teatro y para el "te dansant". Conozco el color que arrastra a los hombres y el que impresiona a las mujeres. Finjo que voy a las carreras, que he de cenar fuera de casa o que salgo de compras por la mañana, después de las doce, bajo el arco de cristal de los barrenderos. Soy una actriz de actitudes, una pobre actriz de trapo, que no puede siquiera llevarse las manos al corazón para hacer más patético el verso que dicta el apuntador.

Odio esa asamblea de pequeñas burguesas y ese escenario que tiene un biombo y unos cofres abiertos.

Pequeñas burguesas que carecen de imaginación, miden el pecado por los centímetros de tela y no conocen la gracia del escorzo ni el valor del movimiento. Cuando compran un traje, yo le lloro como a una cosa mía que ha de quedarse para siempre sobre un cuerpo casto, bajo la imponente vigilancia de los Padres Jesuítas. Me horroriza sobremanera la virginidad de esos vestidos que no han de sentir nunca la violenta sacudida ni la impaciente desgarradura.

Yo, venus mecánica, maniquí humano, sé bien en qué consiste la gracia de vestirse. Tengo un alma emboscada en mi figura, un alma que late en cada uno de mis pasos, mientras cruzo lentamente el cuarto del hotel. Vosotras, burguesas, no tenéis esta juventud insolente, este impudor mundano, estas piernas voraces, este pecho alto y pequeño como un fruto. Ah, cómo os odio, rebaño de pavas, cerditas grasientas de las provincias, buches rollizos de donde cuelga la medalla católica de la domesticidad.

En el comedor se encontró Obdulia varias veces al minero opulento. Las invitó a champán, porque a Obdulia le gustaba mucho:

—Me da una alegría ese vino... Me encanta sentir su niebla en los párpados.

—Yo traería para usted todo el champán del mundo.

—Aun no es usted bastante rico.

—Lo soy. Pídame lo que quiera. Me perturba usted. ¿Por qué no viene a dar un paseo conmigo?

—No puedo. Me espera doña Blanca.

—¡Déjela! Usted no debe vivir así.

—Mañana nos vamos a Gijón.

—Yo iré detrás.

—No se canse, porque perderá el tiempo.

Al día siguiente marcharon a Gijón. Obdulia iba fatigada de exhibir trajes y hacer notas de pedidos. En Gijón les dieron habitaciones al puerto y por la noche era hermoso observar cómo los caballos de las olas sacudían contra el muelle la luna de sus crines.

DIAZ FERNANDEZ

L
A
V
N
U



M
J
C
A
N
i
J
A

RENACIMIENTO